

Aquí mismito no es el llano, ni Bogotá. Es donde Astrid Arenas está

En *Aquí mismito*, Astrid Arenas canta su propia versión del joropo que, sin dejar de honrar la tradición, la transforma. Así reescribe desde el cuerpo lo que significa ser mujer llanera sobre el escenario.

Por Luna Torres y Juan Esteban Rodríguez

Dos hombres intentan arrear mutuamente —como se arrea el ganado, con la voz, el cuerpo y la soga—. Una mujer entra en el enfrentamiento que se confunde con una danza. Todos tiran de la soga, se cruzan, pero también se unen, la cuerda los conecta con el llano y con el espacio que ocupan sobre la tarima. No hay caballos, ni chozas. No es el llano. Es Bogotá.

La luz es azul y tenue. Suena el bajo, el cuatro y las maracas. La voz de Astrid Carolina Arenas rodea toda la puesta en escena: *irse a la sabana del llano que tanto quierooo*. Astrid es llanera, bajita, delgada, de sonrisa amplia y constante. En sus treintas, carga una presencia que no impone, pero que magnetiza. Su figura, vestida con colores intensos y siluetas que escapan del molde, se mueve entre la tradición y la ruptura.

La escena hace parte de *Aquí mismito*, el concierto que Astrid presentó en 2025 en la sala Delia Zapata Olivella, como parte de la Franja Somos del portafolio de estímulos del Centro Nacional de las Artes, junto a su agrupación Girara, la compañía de danza Orkésos y el maestro Yaguazo como invitado especial. Astrid tejió en la tarima un relato sonoro y corporal que reconfigura el joropo desde lo íntimo, lo académico y lo experimental para celebrar el día de la llanidad. Fue más que un espectáculo: una declaración de identidad. Porque, aunque no está en el llano, *Aquí mismito* lo invoca y lo reinterpreta.

La emoción de presentar *Aquí mismito* era proporcional al vértigo que sentía Astrid al reinterpretar elementos del universo llanero sobre el escenario. Sabía que con sus vestidos pomposos y tacones altos estaba desafiando una tradición. Si uno le pregunta a cualquier persona en el llano cómo se ve una cantante llanera, la respuesta es camisa ajustada, jean ceñido y sombrero de paja, tejido a mano. Y si la cantante llanera baila joropo, lo hace en cotiza, no en tacón.

Días antes del concierto podía escuchar —a veces en susurros reales, a veces en su propia cabeza— la pregunta insistente: *¿estoy representando a mi territorio? ¿a una mujer llanera?* No era paranoia. Ya se lo habían cuestionado antes.

Pero la apuesta de Astrid es su propia experiencia, una forma de cantar al llano sin pedir permiso, otra forma de regresar a su origen. Aunque ha hecho su vida profesional en Bogotá —donde estudió su pregrado, sus posgrados y donde hoy da clases y desarrolla sus proyectos artísticos—, el arraigo de esta cantante y compositora se sostiene en el departamento de Arauca, a la orilla del río Tame, y su florecer se encuentra en el conuco de su familia —la parcela donde algo siempre germina—.

Por eso, *Aquí mismo* no es una imitación de lo que se espera, sino una declaración de lo que es.

A orillas del río Tame

La pequeña Astrid está parada sobre una canoa boca abajo. No hay luces ni telón, pero sí un público fiel: una fila de peluches organizados sobre la tierra caliente en un rincón del municipio de Tame. Astrid les baila y les canta, como un presagio de lo que sería su futuro. Su primera composición habla sobre un caballito que era su sólido amigo y vivía con ella en una casita, hasta que un día sobre la casa cae una palma y juntos deben salir corriendo lejos.

Cuando no estaba subida en la canoa-tarima, Astrid estaba bailando. El colegio era su otro escenario: formaba parte del grupo de danzas tradicionales, de la banda rítmica y hasta de las porristas. Su cuerpo vivía en movimiento, guiado por arpas, cuatros, tambores y maracas. La banda sonora de su infancia se compuso de la voz de Reinaldo Armas, a quien escuchaba cuando tenía apenas cuatro o cinco años, pero en especial por las voces de toda su familia.

“Mis tíos por el lado de mi mamá cantan espectacular, de manera así super empírica y nata, cantan con las voces criollas del Llano”, recuerda. Su madre también y su papá no se queda atrás. En su juventud tuvo un grupo llamado *Tírame algo*, con el que iba casa por casa cantando serenatas esperando que en efecto, le tiraran una monedita... o algo. La música era y es parte de la conversación, de la memoria familiar que se construye.

Del estadero a la ciudad, del folclor a lo contemporáneo

Astrid llegó a Bogotá con el deseo firme de convertir su pasión por la danza en una carrera profesional. Ingresó a artes escénicas en la Academia Superior de Artes de Bogotá (ASAB). La audición fue exigente: técnicas nuevas, ejercicios desconocidos, un lenguaje corporal que no era el suyo. La adaptación tampoco fue fácil. La ciudad era abrumadora, la distancia con su familia pesaba y el entorno universitario le resultaba completamente nuevo. Por momentos, el reto la desbordó, pero también le abrió una puerta que ya no quiso cerrar.

“Me vine a acoplar más o menos en tercer o cuarto semestre”, dice. Aunque extrañaba su tierra, poco a poco entendió que su formación estaba en la ciudad, donde podía construir lo que allá aún no existía. “Nunca pensé en retirarme. Aunque lo sufriera, era un reto personal. Lo iba a lograr.”

Astrid también se enfrentó a algo completamente nuevo para ella: la danza contemporánea. Su cuerpo estaba acostumbrado a moverse al son del joropo, el torbellino o la rumba criolla, músicas que conocía desde niña y que llevaban consigo la identidad de su tierra. “No entendía la música, no sabía cómo moverme. Era como si me hubieran cambiado el idioma”, recuerda.

La danza contemporánea le permitió ver sus raíces desde otro lugar. Hoy la enseña, intentando transmitirle a sus estudiantes la misma apertura que un día la ayudó a transformar el desconcierto en vocación.

Cantar estaba en las venas, pero no en los planes

Después de graduarse, Astrid vivió el mejor momento de su carrera como bailarina y hasta realizó una gira por Europa con la compañía de danza a la que pertenecía. Pero todo cambió con un diagnóstico de una enfermedad que la obligó a someterse a una cirugía inmediata y a permanecer nueve meses en reposo total. “Estaba en la estación de Marly cuando me llamaron. Me dijeron que en ocho días debía estar en la sala de cirugía. Sentí que mi carrera terminaba ahí”, recuerda.

Durante su recuperación, Astrid comenzó a componer sin darse cuenta, en momentos simples como lavar los platos en la finca. Fue ella quien le propuso a su compañero -hoy su esposo- buscar músicos que pudieran darle vida a esas canciones mientras ella se reponía. Él se encargó de reunir a personas en quienes confiaba, y con los ahorros que tenían, formaron el equipo que daría origen a Girara, la agrupación que hoy sigue acompañándola en cada concierto. Desde el principio, fue más que un grupo musical: se convirtió en su espacio de creación colectiva.

“Ella es un amor, es como una segunda madre. Profesionalmente es un gran ser humano, con un carisma muy único. Si tuviera que definirla en una palabra, sería ternura”, dice Andrés Dueñas, maraquero y percusionista de la agrupación. Andrés no solo la admira y la respeta como artista, el nexo es aún más profundo: es su tía. Y más allá del vínculo familiar, en el escenario comparten una confianza que solo se construye con años de cercanía y complicidad.

Una mujer es tan grande como: ser mujer en el joropo

Astrid creció viendo conjuntos de música llanera en las fiestas del pueblo. Eran escenarios llenos de cuatros, arpas y maracas, sí, pero también de hombres. Hombres que cantaban y tocaban. Ella, curiosa, miraba a su papá y le preguntaba con insistencia: “¿Papá, una mujer puede hacer eso?” Él, sin titubear, siempre le respondió que sí. Que si quería algún día la podía preparar.

Y es que Astrid es parte de una tradición de mujeres fuertes, matriarcas. Su abuela paterna fue alcaldesa del municipio, su bisabuela fundó el colegio femenino donde ella estudió y juntas escribieron el himno del pueblo y del colegio. Su padre siempre le decía que “las mujeres son tan grandes como la sociedad se los permite y como sus familias las ayudan a prepararse”.

Aunque se ha movido en un medio históricamente dominado por hombres, Astrid ha buscado siempre validar su trabajo en otras miradas: la de las mujeres que también cantan, y la del público femenino que la escucha. En medio del concierto *Aquí mismo*, entre aplausos y chiflidos, una niña con un tocado en la cabeza la miraba desde el público con ojos brillantes y una sonrisa. Era la prueba de que la representación sí importa. Y de que a veces, una mirada basta para reafirmar el camino.

Astrid eligió la música. Llanera, además. Y aunque no ha sentido de forma directa el rechazo o el juicio que otras artistas han enfrentado, sabe bien que ser mujer en esta industria no es igual. Lo ha escuchado de sus colegas, lo ha visto en los datos y lo ha investigado por cuenta propia.

Durante su especialización académica desarrolló la investigación *Valiente: mujeres en la música*, donde analizó la participación femenina en festivales de música tradicional como el Festival Mono Núñez. Concluyó que en ninguno de los eventos consultados existe una perspectiva de género en su programación ni producción. Además, entrevistó a 45 agrupaciones y constató que la inmensa mayoría están conformadas por hombres. Las pocas mujeres que participan en esas bandas son cantantes. Es decir, pocas tocan instrumentos, sobre todo instrumentos de viento que siguen siendo muy importantes para la música tradicional colombiana. Por otro lado, en el área de producción, la participación femenina sigue siendo mínima, especialmente en dirección de arte, escenografía o como jurado.

Aún así, hoy su banda está conformada en su mayoría por hombres. No fue una decisión planeada, sino una coincidencia: eran músicos conocidos por su pareja y en quienes confiaba. Fueron ellos quienes comenzaron a ensayar sus canciones aun cuando ella seguía incapacitada. Esa fidelidad, cuando ni siquiera podía estar presente, los convirtió en algo más que colegas: su familia musical. Con ellos no ha sentido el sesgo; al contrario, se siente escuchada, respetada y acompañada. “Maestra, ¿qué hay que hacer?”, le preguntan. “Maestra, ¿cómo nos vestimos?”. La llaman como lo que es: una maestra.

Astrid lo dice con claridad, no es fácil nacer ni sostenerse como mujer en la industria, pero las mujeres están haciendo la tarea. Cada vez más espacios, festivales, concursos y tarimas comienzan a abrir la puerta para que existan agrupaciones compuestas solo por mujeres, o para que compitan de tú a tú con sus colegas hombres. Y eso, para ella, es motivo de alegría, pero también de responsabilidad: hay que seguir abriendo el camino.

Mi estética me la dio el Llano

Astrid toma su estética actual -los vestidos suntuosos y los tacones de pasarela- de su pasado como reina en festivales folclóricos llaneros. Empezó a participar por su papá, hombre llanero tradicional, que entre tragos apostó que su hija podía ganarle en reinado a la hija de un amigo suyo. Astrid le siguió la corriente. Se preparó con clases privadas de arpa y ensayaba el baile en la ducha, con los pies enjabonados para poder girar.

Ganó el primer festival en una vereda, luego vino el del municipio, el departamental y así, sin que lo hubiera planeado, llegó a más de veinte coronas. En Colombia hay reinados de la yuca, del café, de la papa, y Astrid incluso fue coronada como la novia del Silbón en Venezuela.

Pero más allá de los trofeos, Astrid aprovechó los reinados para construir una estética propia, atravesada por lo llanero, lo teatral y lo político. “*A los reinados nacionales yo iba con una camiseta que decía “Arauca es más de lo que te han contado”*”, recuerda. Reconoce que el conflicto armado ha golpeado su territorio, pero no quiere que no lo identifiquen solo por eso.

Hoy en *Aquí mismito* canta descalza, con cotizas, mientras las otras mujeres en escena forman a sus pies una fila de tacones. Ella se agacha, escoge el que le queda mejor y sigue el show entaconada y poderosa. La escena casi ritual es una declaración: puede bailar de cotiza y de tacón.

“Mi estética me la dio el Llano”, dice, y eso significa haber hecho del territorio, la tradición y la historia de su cuerpo, un lenguaje visual que la sostiene.

Aquí mismito

Las sogas giran y los cuerpos se atraen. La tensión del baile se detiene y más adelante en la presentación, las maracas callan y el arpa queda suspendida en el aire. En medio del silencio, la voz de Astrid Carolina Arenas se abre paso:

“Aquí mismito, señor, en el mismo Llano. Aquí mismito cerquita de los corrales”.

La Sala Delia Zapata Olivella no es el Llano, pero por unos minutos se transporta a él. No hay sábana, ni conuco, pero hay memoria. Ahí, justo en la misma sala donde hace un año se presentó Astrid en un momento lleno de retos técnicos, nació la idea del proyecto Aquí mismito.

El invitado especial de la noche fue el maestro Yaguazo. El momento de su encuentro fue una declaración de respeto e identidad. Juntos comparten canciones, versos, complicidad y celebran el día de la llaneridad desde el presente, lo tradicional desde lo vivo.

“La propuesta de ella se sale del contexto cerrado de la música tradicional y eso me gusta. Es una forma artística con más apertura”, dijo el maestro que la definió con una palabra: *innovadora*.

Porque *Aquí mismito* no es una geografía, es una afirmación. El Llano no está lejos, camina en la voz, se alza en los vestidos, se desliza en las cotizas y los tacones. Como dijo Astrid, cante en Bogotá o en Tame, lo hace desde el mismo lugar, desde sí misma.